

El análisis del analista; las razones y sinrazones de una práctica. Entre la función analítica y la captura imaginaria de una identidad *

Carlos Moguillansky

Ideas preliminares

¿La función del analista es una meta a lograr o es un resultado logrado por un efecto psicoanalítico? ¿Qué hacer si no acontece? A veces, en algún caso desafortunado, se logra a medias o sencillamente falla. La diferencia entre esas dos posiciones define la ideología de un análisis y suele quebrar las cabezas de más de una fundación institucional. La cuestión trasciende el logro acabado de una función –supongamos el resultado de un psicoanalista concreto al final de un proceso formativo– y se adentra en el problema de cuándo y cómo alguien adviene a ejercer dicha función. Para decirlo todo, la función del analista es un efecto que nadie está en condiciones de asegurar en una sesión, ni en el analista actual ni en el supuesto analista futuro.

El acto analítico es un descubrimiento cuyo alcance en general sólo se avizora *a posteriori*, cuando ya ocurrió. Ese acontecimiento ocurre sin estar animado por un propósito consciente –ni del analista ni del analizado– y su efecto fulgura como una novedad que reordena el significado de los hechos de un psicoanálisis. Es sorprendente y rompe las teorías previas que el analista y el analizado aventuraron sobre el asunto; y es difícil imaginar que una teoría previa, explícita o implícita, logre predecir una noticia real de lo inconsciente en cada caso. Se

* Trabajo arbitrado.

distingue entre interpretación de rutina e interpretación inspirada, para ilustrar el valor heurístico de la última, en contraste con el adocenado efecto de las primera, de un valor relativo o nulo, pero con ello se arriesga a creer que alguien inspirado o inspirador es capaz de encontrar por adelantado una interpretación eficaz.

El efecto analítico afecta por igual al analista y al paciente, sin que se pueda predecir en qué orden eso acontece ni en qué dirección predominante surge su eficacia. Esa revelación produce la ruptura de un establecido sabido y no resulta convincente que ello sea el resultado de una decisión calculada de antemano. Siendo el acto analítico un efecto del dispositivo, resulta más importante el respeto que el analista tiene por su método que la dosis de inspiración que incluye en sus intervenciones. La interpretación no se busca activamente, pues ella se encuentra por sorpresa, en un acto de revelación o develamiento que bien puede describirse como una *alétheia*.

Discusión

La cuestión del análisis del analista se dirime en la disyuntiva entre una función y una identidad acabada; la cuestión no es banal pues cada respuesta genera distintas consecuencias. Se ha intentado resolver la falta de garantías y la inestabilidad de esa cuestión a través de curiosos resortes institucionales, que repasaré en una breve recorrida, cuyos resultados en general fallaron y concluyeron en una custodia autoritaria del bien del psicoanálisis, tan burocrática como fallida.

Las prácticas de una institución revelan, muchas veces con elocuencia, los elementos fundadores de su discurso constitucional, que no siempre es explícito para quienes participan de ella o que, por arreglo a la tradición, tienen reglas y costumbres desde un tiempo incierto. Esas prácticas no forman parte de los emblemas explícitos del grupo y, de hecho, realizan un propósito inconsciente grupal que, como es de imaginar, tiene un carácter irracional. El propósito inicial del análisis del analista fue instituido por Freud como aquello que el analista debía experimentar en carne propia para sentir, o mejor aún, para adquirir la íntima convicción de la eficacia inconsciente. El

análisis individual del analista debía proporcionarle una experiencia personal y aleccionadora, en su propia vida psíquica, que luego él utilizaría como el fundamento de su actividad como analista. Ese propósito, que luego se usó como parte del célebre trípode de Eitingon, se sostenía en un principio ético, que hacía del aprendizaje por la experiencia el eje fundacional de un saber y de un modo de aprender. Ese principio estaba formulado en “El análisis de formación es simplemente psicoanálisis y hay sólo una técnica psicoanalítica, es decir la correcta” (Eitingon, M. 1927¹). Una frase sencilla y clara que resumía la convicción de que la función del analista sólo se lograba a partir de un efecto analítico, a través de un análisis corriente, sin mayor custodia que la que se tenía en ese momento con cualquier paciente. Sin embargo, las cosas distaban de ser sencillas, pues dicha función era enigmática e inestable, no siempre surgía en su plenitud e incluso podía perderse debido a puntos ciegos y resistencias del propio psicoanalista. Veamos esos hechos a la luz de la historia de esas prácticas.

En los albores del psicoanálisis, el análisis del psicoanalista fue una necesidad práctica, debido al escaso número de analistas que había para afrontar la creciente demanda de psicoanálisis –casi 200 pacientes en 1920, en el primer año de la *Poliklinik* de Berlín. Sus condiciones eran iguales a las de cualquier psicoanálisis de la época –una hora diaria, cuatro o cinco veces por semana–, pues no se hacía ningún distinción entre el análisis del analista y el que se brindaba al resto de los pacientes. Por otra parte, el psicoanálisis de control –la actual supervisión– tuvo dos modalidades; Freud solía supervisar los casos de análisis de sus propios pacientes, mientras que en el plan de Eitingon, que seguía las prácticas de la *Poliklinik*, el control era realizado por otro analista. La experiencia mostró que esas diferencias eran sustanciales e iban más allá de una cuestión electiva. El psicoanálisis de control arrastra cuestiones transferenciales al terreno donde están en juego ideales clínicos del analista *senior* y donde se producen fenóme-

¹ Eitingon, M. “Concluding remarks on the question of lay analysis”. *Int. Journal of Psychoanalysis*. 1927:399. El plan de Eitingon fue propuesto en el IPA Congress de Bad Homburg en 1925 como un plan de estudios para todos los institutos de psicoanálisis existentes en ese momento.

nos de identificación, de idealización y persecución, derivados de una actividad en común, regida por un ideal estable: el bien clínico del paciente. Si bien es posible observar la contratransferencia, el trabajo común se contamina de una cuestión ligada al ideal, que se infiltra sin posibilidades de un adecuado control. Esas prácticas –observadas en algunas escuelas de la actualidad, donde el analizado suele compartir seminarios y supervisiones con su analista– generan una intensa idealización del analista y de su teoría, que conduce a un pensamiento único, establecido por la ley gregaria, sin posibilidad de disenso ante el riesgo de perder la pertenencia al grupo y al líder.

La creciente demanda de análisis generó un gran desarrollo del mundo del psicoanálisis y numerosos estudiantes se aproximaron a la nueva idea. En 1930 la suma de consultas ascendía a más de 1900 y los análisis realizados habían sido más de 700, según un informe de O. Fenichel et al. (1930²). La inicial dispersión de ideas respecto de la teoría y de la técnica psicoanalíticas produjo una creciente diversidad de criterios sobre la formación del analista. Esa diversidad fue vista como un riesgo para el movimiento psicoanalítico y puso en tensión dos líneas de fuerza similar: el apego al líder fundador y las múltiples ideas que generaba la curiosidad en un terreno fundacional.

De hecho, las primeras dificultades surgieron en Zurich, en la *Burghölzli Clinic* fundada por E. Bleuler, y en Berlín, con el grupo de analistas agrupados en torno a C. Jung. Adler y Jung quedaron fuera del movimiento freudiano en 1914, como parte de las escisiones ocurridas en una historia turbulenta, que culminaría con el gobierno íntimo, si no secreto, de Freud y sus colegas más cercanos, en el así llamado Comité de los Anillos. Esos incidentes políticos de la institución analítica ilustran el segundo punto de nuestra descripción, que no tiene un estricto espíritu histórico, sino que apela a la historia para así mostrar los problemas prácticos que debió enfrentar el análisis del analista.

² Fenichel, O. (1930). "Statistischer Bericht über die therapeutische Tätigkeit 1920-1930". In S. Radó, O. Fenichel, & C. Müller-Braunschweig (Eds.), *Zehn Jahre Berliner Psychoanalytisches Institut. Poliklinik und Lehranstalt*. Wien, *International Psychoanal.* Verlag, 1930:13-9.

El movimiento psicoanalítico dejó de ser un grupo gregario apegado a un líder y se transformó en una institución organizada, con procedimientos y reglas, que buscaban generar el consenso estandarizado de un buen hacer. Con ello, la historia del psicoanálisis pasa a partir de allí a ser la historia explícita de la institución psicoanalítica. Entonces se hizo explícito algo que circulaba de un modo implícito hasta ese momento, pues tanto el grupo gregario como el análisis del analista eran ya de hecho un conjunto de instituciones, con reglas y funciones establecidas, aunque ellas hubieran sido poco visibles para quienes las observaban y seguían.

Dos hechos relevantes surgen como la adecuada expresión del cambio producido. Freud y sus discípulos se encontraban en las Reuniones de los Miércoles; allí se discutía todo aquello que pudiera tener importancia para el grupo, desde las cuestiones de la teoría hasta algún caso de interés o de evidencia psicoanalíticos. El entusiasta clima inicial era de abierto hospedaje a las nuevas ideas y a los nuevos interesados, sin grandes restricciones respecto de su formación previa, su condición profesional o sus ideas sobre la clínica. Todos se unían al clima festivo y al apego a un líder indiscutido, por su descubrimiento y por la fuerza de sus ideas. Las reglas institucionales surgían como un hecho natural en la vida y en la práctica grupal y por lo tanto no eran visibles ni la idealización ni el poder sugestivo del líder como un factor cohesivo grupal ni como un poder institucional.

Sin embargo, esas reuniones y esos requisitos pronto cambiaron en su carácter. Veamos este extracto de declaración, del texto de Eitingon de 1925, presentado en el Congreso de Bad-Homburg: "...La formación analítica no debe quedar más en la iniciativa privada de los individuos... La Sociedad Psicoanalítica de cada país se debe hacer colectivamente responsable por su formación... Los diferentes Institutos de cada país deben cumplir los mismos lineamientos... Para nosotros, lo mejor es que la IPA autoritativamente establezca las regulaciones para la formación... Sólo aquellos que han completado esta formación pueden ser miembros de la IPA... Los planes para la formación sólo pueden emprenderse colectivamente... Cada Instituto debe nombrar Comités integrados sólo por analistas didácticos, e

investidos de plena autoridad... La IPA deberá, en la medida de lo posible, establecer estándares de principios uniformes y determinar las mismas cualificaciones para la formación de candidatos, respetando peculiaridades locales..”

Se advierte el cambio de tono, impuesto por la institución explícita, que ahora rige, regula, uniforma, custodia y establece un poder de policía sobre el desvío posible de cualquiera que se proponga realizar alguna cosa, idea o proyecto con un criterio individual, personal, libre o espontáneo. El colectivo reemplaza al individuo y la norma institucional reemplaza al ingenio y a la experiencia privada. El criterio implícito, sostenido en el líder fundador, debía ser explicitado ante la potencia dispersante de una multitud creciente, con nuevas ideas y agrupaciones, alejadas en la geografía, en las costumbres locales y en las ideas heredadas. Las cicatrices de las escisiones y los debates intensos de las primeras dos décadas del siglo impusieron un giro legal; el movimiento se había tornado en una sociedad con las condiciones de una institución explícita, que fijaba criterios uniformes, fijos y generales, que se imponían a quien deseara participar. Y no se trepidaba en apelar a adjetivos tales como “autoridad” o “autoritativamente” para calificar al poder de policía institucional que ejercía la custodia del bien común. Por las mismas razones las Reuniones de los Miércoles se transformaron en el Comité de los Anillos. La institución mostró que no es ajena al ejercicio del poder; pues ninguna lo es y esto merece ser pensado tanto para una agrupación de analistas, cualquiera sea su índole, como para el análisis del analista, pues éste no escapa a las reglas generales de su condición de ser un establecido. Si bien es cierto que hay muchas maneras de ejercer el poder, más amigables o más tiránicas, no es menos cierto que el poder es un factor inevitable toda vez que se pretende realizar una práctica presidida por un bien común; y que este poder es ingobernable si ese bien queda estabilizado por una identidad, inevitablemente narcisista y fuente de futuras idealizaciones y persecuciones, para el caso, el ideal de ser un buen analista (¡tan ideal como el propio analista o totalmente opuesto a él, habría que agregar!).

Esa transformación política produjo un cambio ético en las prácti-

cas del psicoanálisis. La regla y la adhesión, el orden y la custodia de su aplicación habían reemplazado al saber logrado en la experiencia. En el mismísimo acto fundacional de la institución psicoanalítica se había cambiado el fundamento mismo de su legitimación. Había perdido peso el descubrimiento personal de la eficacia inconsciente como el camino de validación de la actitud analítica; pues ahora se debía demostrar ante un anónimo la legitimidad de un saber. En esa sutil transformación, una función inestable se había trocado en una destreza, que podía ser evaluada, pesada y comparada con un patrón fijo. Ese anónimo surgía como un reglamento uniforme de cláusulas, frecuencias y exigencias curriculares que perdía su legitimidad inicial, ganada en el fragor del descubrimiento, y se revalidaba en la disciplina del colectivo burocrático. Esta obvia consecuencia de la institución explícita es un riesgo presente en el aquí y ahora de cualquier formación, donde las reglas tradicionales o fijas de un reglamento pesan más que el espíritu jugado en la convicción de la sesión de un psicoanálisis. El confort del bien común acecha como una resistencia tanto más grave cuanto más implicado está el analista *senior* en las ideas que “pretende inculcar” en su “discípulo”, sean éstas las consagradas por una institución transnacional o por un grupo local, se hable de destete o de pase.

A la tergiversación del espíritu fundacional, que se había legitimado en la eficacia del psicoanálisis ante lo inconsciente, siguió la instauración de una validación institucional, que subrepticamente había reemplazado una cosa por otra, dando pergaminos de autenticidad a una dudosa reglamentación y aún peor, dando legitimidad a la policía de la misma, que instaaura un régimen de poder establecido donde antes hubo una potencia desestabilizadora de lo establecido. Las tediosas discusiones de los congresos didácticos terminan en largas peroratas artificiales sobre la frecuencia deseable de un “*standard*”,³ para llenar el vacío de ideas respecto de una cuestión irremediablemente perdida, que se ha vuelto abstracta y desangelada. Otro

³ En inglés en el original, para resaltar el equívoco de esa palabra que incluye las ideas de uso corriente y de principio ético.

tanto habría que decir de algún rito iniciático local, donde alguien es llamado a compartir su experiencia analítica como la evidencia de un logro o de una travesía exitosa, que otros validarán o no como pergaminos de un analista.

De ahí en más, los procedimientos instituidos de admisión y promoción de categorías se tornan en dudosos ritos de iniciación, donde los criterios y sus jurados de aplicación, más allá de su excelente calidad humana o de su intachable intención, terminan padeciendo lo que se ha llamado un más que dudoso Superyó omnisciente, que resulta deslegitimado por las víctimas que lo padecen y por aquellos que los nombraron y creyeron de buena fe que lograrían llevar adelante esa tarea. La misma máquina institucional da los mismos resultados y el poder de la institución analítica se vuelve rival, sino enemigo, de la potencia psicoanalítica que se pretende custodiar con dichos instrumentos. No hay policía posible del buen hacer, si éste no se hace bien es porque algo muy grave le ocurre a quien lo hace y a quienes lo formaron.

El análisis del analista debió enfrentar un nuevo desafío. El énfasis en la custodia del bien común se desliza hacia un nuevo carril, ahora presidido por la necesidad de una transmisión que asegure la continuidad de un grupo y de una identidad. Al haber perdido la institución –cualquiera sea su estirpe– el espíritu inicial de la función analítica, la cuestión migra hacia un espíritu de escuela. En dicho clima, es imprescindible custodiar al aspirante del posible desvío teórico, clínico, técnico y, más importante aún, del riesgo de un descarrío, que lo aleje de la manada. Este propósito implica la necesaria validación en el terreno del Ideal del Yo, inevitablemente colectivo, anónimo e irracional. Esta influencia ha dado la más variopinta colección de prácticas de escuela, que impulsan la identificación del aspirante con un espíritu único y colectivo. Lo que había nacido como la función emergente de un acto eficaz se torna en un rasgo de identificación con un modelo institucional, evocado en una teoría, en una manera de hacer o en una figura autorizada. La identificación, al igual que cualquier otra formación imaginaria, pierde su impulso simbólico inicial a favor de una ecuación narcisista, que cree en la fórmula

medieval de lo similar. En el terreno del psicoanálisis, copiar no es lo mismo que ejercer una misma función y saber de memoria una teoría no implica haber comprendido los resortes de una práctica que emergen como resultado de su eficacia. Así como nadie sabe cuándo o cómo va a surgir una interpretación eficaz, tampoco nadie tiene la receta segura para construir un analista. Sólo estamos en condiciones de proponer un psicoanálisis que impulse a quien quiera ser analista a revisar su transferencia sexual infantil. Si de ese modo, él logra resolver algunos de los obstáculos que enfrentará en su tarea futura, esperamos que él gane una sensata convicción respecto de la realidad de su propia neurosis y pueda arbitrar algún remedio para morigerar sus efectos, para su propio provecho y para el provecho de sus analizados. El análisis del analista es un acto privado, libre y responsable, que no debe ni puede ser custodiado por terceros, so pena de arruinar su espíritu singular.

Bibliografía

- EITINGON, M. "Concluding remarks on the question of lay analysis". *Int. Journal of Psychoanalysis*. 1927:399.
- FENICHEL, O. (1930) "Statistischer Bericht über die therapeutische Tätigkeit 1920-1930". In S. Radó, O. Fenichel & C. Müller-Braunschweig (eds.) *Zehn Jahre Berliner Psychoanalytisches Institut, Poliklinik und Lehranstalt*. Wien. International Psycho-Anal. Verlag. 1930:13-9.